

vertida en propagadora del alcoholismo, a base de una propaganda descubierta, destinada a aumentar el consumo del licor, hasta filtrarlo en todos los hogares.

Y también calla el escritor público lo que piensa o debe pensar sobre la instrucción que se imparte en las escuelas y colegios de la República, sin que nadie se preocupe de llevar adelante una tala animosa de tantas y tan abultadas adulteraciones de los principios de una educación racional.

Pero ahora se quiere llamar la atención sobre asuntos que yo considero de poco momento. Por ejemplo: que los gobiernos empleen todo el poder en su mano para asegurarse en las elecciones de medio período una mayoría parlamentaria. No se repara en que este hecho es consecuencia natural de la estructura misma de nuestra democracia, que establece un desequilibrio de poderes que obliga al Ejecutivo a una inaplazable disyuntiva: o tiene mayoría en el Congreso o nulifica todo propio empeño y se convierte en simple acatador del Congreso. De ahí que sea corriente el hecho de que el Gobierno ejerza con abuso los poderes a su alcance para evitar que suceda lo que significa, prácticamente, su anulación.

Cúlpelese, pues, al sistema y no al hombre en el poder, de esos errores de una democracia mal conformada.

El cargo de nepotismo es, a mi juicio, el más injustificado de todos. Soy partidario de que aquel que asume la responsabilidad en asuntos de carácter público busque entre sus parientes y amigos los auxiliares más efectivos de su labor y cometido. Tengo la experiencia desastrosa de mi dirección en el Liceo de Costa Rica. Si yo hubiese llamado a mi lado a mi hermano Alfonso como Secretario, no habría sufrido las inconveniencias de tener que descansar mi confianza en personas que me eran extrañas, cuando no veladamente hostiles. Lo mismo pienso de otro pa-